

COLECCIONES ETNOGRÁFICAS DEL MUSEO DE AMÉRICA
—COLECCIONISMO ACCIDENTAL—

ARACELI SÁNCHEZ GARRIDO
Dpto. Etnología del Museo de América

El trabajo que presentamos, tiene su origen casi totalmente en las colecciones importantes recogidas en los viajes patrocinados por la Corona durante el s. XVIII. Estos viajes tienen un origen político, que hemos de situar en el reinado de Fernando VI, y en una figura impulsora, que fue el Marqués de la Ensenada, quien tenía a su cargo las Secretarías de Hacienda, Marina e Indias. La concentración de tales Ministerios facilitó considerablemente la creación de un proyecto marítimo de grandes dimensiones. A este proyecto se unió el germen científico y el ánimo de los viajeros, todos imbuidos por los aires ilustrados, dando como resultado unas expediciones, en donde se siguió un criterio de observación, estudio y acopio de datos, objetos y curiosidades.

El derrotero de parte de las expediciones patrocinadas por la Corona, no fue arbitrario, sino que se debió a intereses políticos y/o económicos, concentrados en áreas precisas. Si bien, esto favoreció de manera indirecta los estudios de carácter antropológico, ya que los viajes, más allá de la empresa política, tenían una curiosidad, que les indujo a hacer anotaciones sobre usos, costumbres, "moral" y religión de los pueblos que se iban encontrando.

Esta empresa trazada por el Marqués de la Ensenada no dio todos los frutos apetecidos, pero sí sentó las bases que acabarían consolidándose con la llegada al trono del rey Carlos III.

Con este rey, se inicia un período de aportaciones en el plano de la ciencia, pero siempre asentado sobre unas firmes bases políticas. Comienza a producirse una racionalización, en la administración, que dará lugar a una nueva era en España.

La Armada, factor de vital importancia, en el campo que tratamos, adquiere un gran desarrollo técnico y de perfeccionamiento. Se inicia una gran actividad en la construcción de navíos, todos de buena calidad, y se finaliza la construcción de arsenales, comenzada por Felipe V y Fernando VI. Las instalaciones navales son centros de investigación científica y técnica de prime-

ra categoría, y el afianzamiento de la Marina se verá traducido en expediciones, que vendrán a incluir a España en la "modernidad científica". Estas expediciones se convertirán en "un elemento racionalizador de la administración del Imperio" (Peset, 1988:288).

En este momento hemos de situar el origen de la botánica, zoología, farmacia, química, minería, etc., a la luz de la ciencia. El Gabinete fundado por el Monarca será el lugar donde se depositen los frutos de estas expediciones, cajones llenos de objetos, frutos, plantas y animales, carpetas con mapas, figuras e imágenes de los lugares visitados, llenarán los estantes de dicho lugar para ser estudiados y divulgados entre los científicos y sabios del momento.

El rey alimentó los deseos ilustrados de los intelectuales de los que se rodeó, y él mismo se dejó fascinar por este espíritu que incluía ciencia y curiosidad.

La política ilustrada de Carlos III llegó a América, corrigiéndose bajo su reinado determinadas fórmulas, ya poco efectivas, e introduciéndose necesarias reformas políticas y económicas en las colonias de ultramar. Tras estas breves anotaciones podemos decir que, durante el reinado de Carlos III, se produjo un "redescubrimiento" de América, pero esta vez marcado por la razón ilustrada que dominaba ese momento en Europa.

LOS COLECCIONISTAS

Ya hemos apuntado arriba que en el s. XVIII, especialmente en su segunda mitad, surge un afán científico y curioso que se verá favorecido por las expediciones al norte del Pacífico americano.

Los primeros contactos entre población autóctona y blancos, se produce en la primera mitad del s. XVIII, cuando Bering, en su segundo viaje, cruza el estrecho que lleva su nombre, y alcanza las Aleutianas. Bering, cuya expedición estaba patrocinada por el zar Pedro, murió al regreso de este viaje, pero se abría una ruta de penetración blanca y se iniciaba un proceso de occidentalización en estas tierras. La ruta abierta será aprovechada por los cosacos, que pronto se instalarán en la zona; los recién llegados son comerciantes-cazadores con un afán concreto: conseguir pieles para abastecer las demandas de la corte rusa.

De esta situación surgirá una alteración de orden cultural, de la que la zona ya no se repondrá. No obstante, la ocupación rusa también tuvo su lado amable, en los escritos de los viajeros españoles e ingleses, se describen poblados, donde conviven pacíficamente ocupantes y ocupados. Del producto, a pesar de todo, de estas desiguales relaciones, surgen nuevas formas, nuevos materiales, que las poblaciones árticas y del noroeste sabrán sacar un provechoso partido integrando estos elementos en su vida tradicional, en su tecnología y en su arte.

Prosigue la llegada de "blancos" a estas tierras y esta vez serán los españoles. La exploración y ocupación de algunas de estas tierras, el "septentrion" de California, tiene su origen en el temor, como de verá, pero también tiene unos remotos antecedentes. En el s. XVI, un griego, que se hace llamar Juan de Fuca, hace un viaje de reconocimiento al Pacífico norte, patrocinado por el virrey novohispano, con el fin de tomar posesión, en nombre del rey de España. En 1592 este marino llega al estrecho que hoy lleva su nombre, al sur de la isla de Vancouver. Este reconocimiento cayó en el olvido, pero se mantuvo latente en los siglos posteriores. Es en el siglo XVIII, cuando se comienza la etapa de los viajes y exploraciones, que dieron lugar a la presencia española en la zona. Los intereses serán políticos: en España se tienen noticias de los movimientos rusos en la península de Alaska y la costa noroeste; interesa, pues, al gobierno español "establecer" una frontera para frenar el avance ruso hacia el sur.

El envío de corbetas, bien dotadas de artillugios, máquinas y medios, prueban el interés político de estas misiones. Por otro lado las noticias e intenciones de los viajes ingleses alarman a la Corona que intenta prevenir esta seria amenaza.

Bucareli, virrey de Nueva España, será el encargado, por la Corona, de confirmar el interés de la navegación española en el Pacífico Norte, y de iniciar los preparativos para el envío de naves, comenzando así el periplo científico al área que nos ocupa.

Tras estos breves apuntes sobre los consecutivos viajes al Pacífico Norte se observa que las piezas allí recogidas, si bien aparecen anotadas en los diarios de los marinós, en ciertos casos con gran precisión, no se corresponden con los fondos que hoy se albergan en el museo. Algunas son claramente identificables, otras hasta el momento no se ha logrado su identificación, y parece imposible conseguirlo. Aparecen algunos conjuntos o colecciones, pero otros se debieron quedar en los traslados de lugares y en el tiempo.

LA FORMA DE PENSAMIENTO Y LAS INSTITUCIONES

El fenómeno de la Ilustración se verá reflejado no sólo en el ámbito filosófico, sino en las esferas culturales y sociales del momento, que convierten la felicidad en un ideal colectivo e individual, produciéndose así una liberación moral e intelectual con respecto a siglos anteriores. El racionalismo anunciado del s. XVII había propiciado el nacimiento de las ciencias modernas, y su asunción generalizada, permitirá ya en el s. XVIII buscar mediante este sistema de pensamiento, el equilibrio, la armonía, la justicia y la felicidad humana. Ha llegado el momento de arrebatarse a la Naturaleza su secreto

al margen de la revelación bíblica; la autonomía con respecto a la Iglesia se impone, unas veces con su aprobación y otras sin ella.

España, incorporada a esta corriente supone, no obstante, un caso particular. Del espíritu ilustrado español cabe destacar: la aceptación de la investigación científica y sus resultados, aun a riesgo de topar con las estructuras tradicionales; la lucha contra la superstición, la reconstrucción y reexamen crítico de todas las creencias básicas, el interés por las obras de reforma económica y social y por último el amplio debate y profunda revisión de la historia de España, de su decadencia y apogeo cultural.

Los dirigentes ilustrados intentaron sentar las bases institucionales del cultivo de la nueva ciencia. Para ello necesitaron llevar a cabo reformas en universidades y el desarrollo en ellas de la enseñanza científica. Era también necesario crear nuevas instituciones científicas de orientación moderna. Ya habían sido creadas las Academias de la Lengua y de la Historia por este orden, pero el reconocimiento de nuevas disciplinas hacía necesaria la dotación de otras nuevas, y así fueron creándose bajo el real patrocinio las de Farmacia, Medicina, Bellas Artes, etc.

Esta última, destinada a albergar obras de carácter artístico, tenía ubicado en su segundo piso un Gabinete dedicado a la Historia Natural. La fundación del Real Gabinete data del 1771, según R.O. de 17 de octubre. En este Gabinete se guardaban colecciones zoológicas, de minerales, fósiles, antigüedades egipcias, griegas y romanas, así como "curiosidades artificiales" procedentes de Asia, América y Oceanía. Los tres reinos de la Naturaleza estaban representados "con el fin de complacer al Sabio Rey". "El mismo Carlos III destinó enseguida varias curiosidades de su propiedad para enriquecer el Gabinete" (Janer 1864:9).

El recién inaugurado Gabinete tuvo un establecimiento anterior, fundado en 1752, y dirigido por Antonio de Ulloa, el cual lo dirigió hasta 1755, fecha en que dimite; el abandono y desidia en la que cayó este establecimiento hay que ligarlo a la falta de interés por Carlos III al no considerarlo como obra propia. Las colecciones que guardaba este primer Gabinete fueron disgregadas, y algunas de ellas tomadas por la corona para la formación del Príncipe de Asturias, el futuro Carlos IV.

La creación del Gabinete carolino incluyó las colecciones del anterior gabinete, colecciones del propio monarca y las piezas de quien ejercía como director de dicho Gabinete, D. Pedro Franco Dávila, el cual poseía en París una excelente colección de los tres reinos de la Naturaleza. Su aporte de curiosidades artificiales incluía objetos americanos tanto arqueológicos como etnográficos. De entre estos últimos caben destacar los adornos, vestimentas, ídolos y armas de los "salvajes", especificando el país de procedencia. En su lista de objetos existen anotaciones que indican la mentalidad y prejuicios del coleccionista a pesar de la Ilustración, así como la in-

fluencia de Rousseau con su idea del buen salvaje. Los términos que aparecen en la lista de objetos de Franco Dávila, hombre sin lugar a dudas instruido, dejan ver por un lado el espíritu ávido de conocimiento propio del s. XVIII, pero por otro vemos las jerarquías que se establecen en la conducta real de esta sociedad. La idea conductiva del despotismo ilustrado "todo para el pueblo pero sin el pueblo", se deja traslucir en las normas del coleccionismo y en los términos clasificatorios de las colecciones. El Gabinete definirá perfectamente este sentir. Aunque en el reino animal se incluye a los salvajes, con un interés diferente desde luego, al interés ilustrado, Antonio de Ulloa se lamenta de que "Después del descubrimiento de las Indias no se ha trabajado con la aplicación que se requería en conocer lo que encierra de raro, ... siendo pocos los que han parado la consideración en ella, fuera de aquellas primeras noticias que se adquirieron en los tiempos inmediatos a la conquista : no se han repetido, ni se han hecho especulaciones para adelantarlas; por esta razón son más extrañas y con particularidad las que pertenecen a la física terrestre, a las antigüedades, a las costumbres, y al carácter, genio e inclinaciones de aquellos habitantes en su estado natural, y en el que tienen después de haber entrado bajo otra denominación" (Ulloa, 1792).

A pesar de este interés "científico" por conocer genio e inclinaciones, no se procede a estudios realmente completos sobre el mundo indígena. Paz Cabello sostiene que: "No estamos ante un coleccionismo de curiosidades, sino ante un acopio científico y completo posible de la historia moral del hombre y su entorno ecológico" (1989:117). Nosotros pensamos que es todo lo contrario, que el acopio y envío de objetos entran en el campo de las curiosidades artificiales recogidas accidentalmente, ya que el verdadero germen de las expediciones científicas a la California Septentrional no es otro que el peligro de asentamientos rusos primero y la presencia inglesa después, verdadera amenaza por el norte en un momento de inestabilidad política a pesar de la alianza con Francia.

Los verdaderos tratados "científicos" sobre el indígena americano están en los escritores del s. XVI. Bernal Díaz, Fray Bernardino de Sahagún, Motolinía, Las Casas y tantos otros, que movidos por un espíritu entusiasta y realista, vienen a hacer verdaderos trabajos de campo, en los que comentan lo que ven, hacen observaciones, pasan cuestionarios a la población y contrastan los datos de los informantes, estudian la lengua, hacen diccionarios y viven con ellos durante largo tiempo, en definitiva sientan las bases del moderno trabajo de campo.

El viajero español del s. XVIII en nada puede compararse, ni desde el punto de vista de las anotaciones, ni de la recogida de materiales. La mentalidad del hombre dieciochesco es quizás la más alejada para comprender o aproximarse al indígena; a esto hay que sumar el poco tiempo que los expe-

dicionarios pasan con las poblaciones a las que visitan; ninguno, excepto, Mociño, el cual estuvo cinco meses, por causas ajenas a su voluntad, vivió con ellos. "Ellos" son en realidad una parte más del paisaje, como los minerales y las plantas, pero son seres vivos que producen objetos. Estos viajeros, de forma ocasional, y en la mayoría de los casos para acallar iras, permutan piezas, que sólo son eso, curiosidades. La mayoría de las veces se habla de moral y costumbre de los indios, desde el ancestral etnocentrismo occidental, y se llegan a calificar los intercambios como obras de arte infantil.

El indio interesa en el Gabinete de estudio europeo, como una representación utópica, como interesa la paz del campo en la ciudad, pero en su medio están salpicados por un salvajismo incomprensible para el civilizado. Sus modos, vestidos, armas, útiles tecnológicos, sus formas religiosas, su consanguineidad y poligamia, ¿no están poniendo de relieve un retraso y un fallo intelectual?

El buen salvaje sólo está en los libros. Sus objetos, y prueba de ello son las anotaciones en las listas de registro que aparecen en los inventarios antiguos, son producciones salvajes: "Diversos adornos de los salvajes y de los indios; a saber gorros u ornamentos para la cabeza.... Una especie de calza alta de piel y 4 pares de zapatos de los Nadovesis salvajes del Canadá" (Franco Dávila, lista de objetos enviados con el número 14 de orden).

Vemos que hace distinción entre indios y salvajes. Esta diferenciación la encontramos de nuevo en el número 42. "Diversos utensilios de los Indios y de los Salvajes, a saber 8 pipas, de las que una tiene un tubo flexible, uno de la China, uno de los salvajes del Canadá....". Otras frases recogidas son: salvajes de América, ídolos salvajes, etc.; en este apartado aparece relacionado: "Dos cabezas humanas de forma repulsiva que se las tiene por ídolos de los salvajes del Missisipi". Realmente ¿qué diferencia puede establecer este científico, recogiendo el pensar de su época sobre indio, salvaje o chino? Según todos los indicios existe una clasificación latente que parece remitir al indio a tierras ocupadas por demarcaciones virreinales. Es decir, indios son las poblaciones autóctonas de la América Hispana; los que viven al Norte de California, Arizona, Nuevo México y Tejas, son salvajes. Los pobladores de Nueva Francia son salvajes, mientras que los del Amazonas son indios. Esta clasificación que parece deducirse de los escritos de Dávila, ¿no puede estar en relación en relación con las corrientes de pensamiento predominantes en Francia, donde vivía Dávila, y España, donde estaba ya acuñada la palabra desde el descubrimiento colombino? En cualquier caso el término es, modernamente hablando, poco apropiado. Esta forma particular de concebir el mundo americano tuvo como repercusión unos criterios de interpretación también muy particulares. Los objetos no arrojaban el interés que se había pretendido, la etnografía era una rama de la "etnología". Sólo eran interesantes por su repulsión, dure-

za expresiva, anticanon estético o como forma de expresar la inferioridad. El "arte infantil" no se podía comparar con las obras extraídas por Alcuibierre en Pompeya, eso sí era belleza y esplendor, eran nuestras raíces, pero el arco y la flecha, las camisas de "tripas con capuchón", las carátulas asimétricas eran sólo curiosidades, que venían a demostrar la decadencia o la falta de evolución de estas poblaciones.

La excesiva dependencia de las raíces mediterráneas europeas, no permitirá una postura "proto-antropológica".

En cuanto a las propias colecciones, el seguimiento que se hace, las adjudicaciones de las piezas que aparecen remitidas por las expediciones del Noroeste, demuestran que sólo el 20% tiene una confirmación real. Ahora bien, algunos de los estudiosos de siglo XX que han tocado este tema han caído en errores tan graves como sus antecesores, los de catalogar las piezas por el lugar en que fueron recogidas, sin plantearse un estudio real de la pieza. Por ello no es raro encontrar catalogadas piezas tlingit como nutka, Haida como Nutka o Chugach como tlingit, por el hecho de aparecer consignadas como recogidas en los primeros lugares citados. No es menos grave que las anotaciones hechas en márgenes de inventario, se hayan tomado como verdaderas, sin someterlas a un minucioso examen; de ahí vienen errores ya tradicionales como los siguientes objetos de la Expedición Malaspina: "Camisón con capucha de los habitantes de las islas Sandwich formado por membranas de pescado". Esto viene a significar la enorme falta de interés y conocimiento de los asientos de entrada de piezas. Nada interesa. Los impermeables de los esquimales Chugach los hacen venir de Oceanía. Todo ello redundó en que los materiales no fueran tratados con el debido cuidado (no se "catalogarán" hasta dos siglos después, nadie revisará las vacilantes interpretaciones "antropológicas" de los viajeros ilustrados), no se abrieran las cajas enviadas, se pudrieran los materiales (como consta en anotaciones de la época); en definitiva se rompió el interés y falló la memoria. Desgraciadamente la muerte del rey Carlos III agravó considerablemente la situación, España dejó definitivamente de brillar y comenzó una historia larga, oscura y triste que se prolongaría hasta comenzado el s. XX. La política desgarradora del s. XIX dejó inactivo el panorama del coleccionismo de todo tipo, aunque es en este momento, cuando se inician realmente las muestras públicas y la aparición de los primeros Museos, lo cierto es que los graves acontecimientos históricos de este siglo en España acabaron por romper la débil tela tejida en el s. XVIII en lo referido a los materiales de fondos museísticos. Desde entonces los problemas de los materiales de los "indios" siguen vigentes. Descontextualizados y sin poderseles adjudicar realidades históricas, ahora se comienza una labor lenta que esperamos se traduzca en una correcta catalogación que perdone los errores hasta ahora cometidos.

BIBLIOGRAFÍA

- CABELLO CARRO, Paz (1989): *Coleccionismo Americano Indígena en la España del s. XVIII*. Ediciones Cultura Hispánica. ICI, V Centenario. Madrid.
- JANER, Florencio (1864): *Catálogo General de las Colecciones Histórico-Etnográficas y Antigüedades del Museo de Ciencias Naturales*. Manuscrito. Museo de América de Madrid.
- PESET, José Luis (1988): "Ciencia y Técnica: Las Expediciones Científicas". En *Carlos III y la Ilustración*. II Tomos. Ministerio de Cultura. Madrid.
- ULLOA, Antonio de (1792): *Noticias Americanas: Entretenimientos físico-históricos sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental. Comparación de los Territorios, climas y producciones de las tres especies vegetal, animal y mineral, con una relación particular de los indios de aquellos países, sus costumbres y usos...* Imprenta Real. Madrid.